

El progreso del Peregrino (II)

Continuación

OBST. —¿Pues qué cosas son esas que tú buscas, por las cuales lo dejas todo?

CRIST. —Busco una herencia incorruptible, que no puede contaminarse ni marchitarse, reservada con seguridad en el cielo, para ser dada a su tiempo a los que la buscan con diligencia. Esto dice mi libro, leedlo si gustáis, y os convenceréis de la verdad.

OBST. —Necesades. Déjanos de tal libro. ¿Quieres o no volver con nosotros?

CRIST. —¡Oh!, nunca, nunca. He puesto ya mi mano al arado.

OBST. —Vámonos, pues, vecino Flexible, y abandonémosle. Hay una clase de entes, tontos como éste, que cuando se les mete una cosa en la cabeza, se creen más sabios que los siete famosos de Grecia.

FLEX. —Nada de insultos, amigo. ¿Quién sabe si será verdad lo que Cristiano dice? Y entonces vale mucho más lo que él busca que todo lo que nosotros poseemos; me voy inclinando a seguirle.

OBST. —¡Cómo! ¿Más necios aún? No seas loco, y vuelve conmigo. ¡Sabe Dios a dónde te llevará ese mentecato! Vámonos, no seas tonto.

CRIST. —No hagas caso, amigo Flexible; acompáñame, y tendrás no sólo cuanto te he dicho, sino muchas cosas más. Si a mí no me crees, lee este libro, que está sellado con la sangre del que lo compuso.

FLEX. —Amigo Obstinado, estoy decidido; voy a seguir a este hombre y unir mi suerte con la suya. Pero (dirigiéndose a Cristiano), ¿sabes tú el camino que nos ha de llevar al lugar que deseamos?

CRIST. —Me ha dado la dirección un hombre llamado “Evangelista”; debemos ir en busca de la puerta estrecha que está más adelante, y en ella se nos darán informes sobre nuestro camino.

FLEX. —Adelante, pues; marchemos. Y emprendieron juntos la marcha. Obstinado se volvió solo a la ciudad, lamentándose del fanatismo de sus dos vecinos. Estos continuaron su camino, hablando amistosamente de la necia terquedad de Obstinado, que no había podido sentir el poder y terrores de lo invisible, y la grandeza de las cosas que esperaban: —*Las concibo*—decía Cristiano—; *pero no hallo bastantes palabras para explicarlas. Abramos el libro y leámoslas en él.*

FLEX. —Pero, ¿y tienes convencimiento de que sea verdad lo que el libro dice?

CRIST. —Sí, porque lo ha compuesto Aquel que ni puede engañarse ni engañarnos.

FLEX. —Léeme, pues.

CRIST. —Se nos dará la posesión de un reino que no tendrá fin, y se nos dotará de vida eterna para que podamos poseerlo para siempre. Se nos darán coronas de gloria y unas vestiduras resplandecientes como el sol en el firmamento. Allí no habrá llanto ni dolor, porque el Señor del reino limpiará toda lágrima de nuestros ojos.

FLEX. —¡Qué bello y magnífico es esto! ¿Y cuál será allí nuestra compañía?

CRIST. —Estaremos con los serafines y querubines, criaturas cuyo brillo nos deslumbrará: encontraremos también allí a millares que nos han precedido, todos inocentes, amables y santos, que andan con aceptación en la presencia de Dios para siempre. Allí veremos los ancianos con sus coronas de oro, vírgenes y santos cantando dulcemente con sus arpas de oro, tantos hombres a quienes el mundo descuartizó, que fueron abrasados en las hogueras, despedazados por las bestias feroces, arrojados a las aguas, y todo por amor al Señor de ese reino, todos felices vestidos todos de inmortalidad.

FLEX. —La simple relación de esto arrebató de entusiasmo mi alma. ¿Pero es verdad que hemos de gozar de todas estas cosas? ¿Y qué hemos de hacer para conseguirlo?

CRIST. —El Señor del reino lo ha consignado en este libro, y, en suma, es lo siguiente: “Si verdaderamente lo deseamos, El no los concederá de balde.”

FLEX. —Bien, buen amigo. Mi corazón salta de alegría; sigamos adelante, y apresuremos nuestra llegada.

CRIST. —¡Ay de mí! No puedo ir tan de prisa como quisiera, porque esta carga me abruma.

En tal conversación iban agradablemente entretenidos cuando los vi llegar a la orilla de un cenagoso pantano que había en la mitad de la llanura, y descuidados se precipitaron en él. Se llamaba el Pantano del Desaliento. ¡Pobres! Los vi revolcarse en su fango, llenándose de inmundicia, y cristiano, por su parte, hundiéndose en el cieno a causa e su pesada carga. —¿Dónde nos hemos metido?— exclamó Flexible.

—No lo sé— respondió Cristiano.

—¿Es ésta—repuso aquél muy enfadado— la dicha que hace poco ha tú me ponderabas tanto? Si tan mal lo pasamos al principio de nuestro viaje, ¿qué no podemos esperar antes de concluirlo? Salga yo bien de ésta, y podrás tú gozar sólo la plena posesión del país tan magnífico.

Hizo después un supremo esfuerzo, y de dos o tres saltos se puso en la orilla que estaba más inmediata a su casa. Se marchó, y Cristiano no le volvió a ver ya más. Este, por su parte, seguía revolcándose en el fango, cayendo unas veces y levantándose, y volviendo a caer; pero siempre adelantando algo en la dirección contraria a la de su casa, aproximándose a la de la puerta angosta; pero la pesada carga que llevaba sobre sí le impedía mucho, hasta que llegó una persona, llamada Auxilio, quien dirigiéndose a él, le dijo:

AUXILIO. —Desgraciado, ¿cómo has venido a parar aquí?

CRIST. —Señor, un hombre, llamado Evangelista, me señaló esta dirección, y me añadió que por esa puerta angosta yo me vería libre de la ira venidera. Seguí su consejo, y he venido adonde me ves.

AUXILIO. —Sí; pero ¿por qué no buscaste las, piedras colocadas para pasarlo?

CRIST. —Era tanto el miedo que de mí se apoderó que, sin reparar en nada, eché por el camino más corto, y caí en este lodazal.

AUXILIO. —Vamos, dame la mano. Cristiano vio los cielos abiertos; se asió de la mano de Auxilio, salió de su mal paso, y ya en terreno firme, prosiguió su camino, como su libertador le había dicho.

Entonces yo me acerqué a Auxilio y le pregunté: —¿Por qué siendo éste el camino directo entre la ciudad de Destrucción y esa portezuela, no se manda componer este sitio en bien de los pobres viajeros?

—Es imposible—me respondió—: es el lodazal adonde afluyen todas las heces e inmundicias que siguen a la convicción de pecado; por eso se llama el Pantano del Desaliento. Cuando el pecador se despierta al conocimiento de sus culpas y de su estado de perdición, se levantan en su alma dudas, temores, aprensiones desconsoladoras, que se juntan y se estancan en este lugar. ¿Comprendes ya por qué es tan malo e incapaz de composición?

No era seguramente la voluntad del Rey que quedase tan malo; sus obreros han estado por espacio de muchos siglos, y bajo la dirección de los ingenieros de S. M., haciendo cuanto estaba en su poder para componerlo. ¡Cuántos miles de carros y cuantos millones de enseñanzas saludables se han hecho venir aquí de todas partes y dominios de S. M.! Y a pesar de que los inteligentes dicen que estos son los mejores materiales para componerlo, ni se ha podido lograr hasta hoy, ni se logrará en adelante. El Pantano subsiste y subsistirá.

Lo único que se ha podido hacer, está hecho. Se han colocado en medio de él, por orden del Legislador, unas piedras buenas, sólidas, por donde se podría pasar; pero cuando el lodazal se agita, y esto sucede siempre que hay variación de tiempo, despiden unos miasmas que exhalan a los pasajeros, y éstos no ven las piedras y caen en el fango. Por fortuna, cuando logran llegar a la puerta, ya tienen terreno sólido y bueno.

Después de esto vi que, habiendo llegado Flexible a su casa, sus vecinos fueron en tropel a visitarle. Unos alababan su prudencia, porque se había retirado a tiempo de la empresa; otros le censuraban, porque se había dejado engañar de Cristiano, y algunos le calificaban de cobarde, porque, puesto una vez su pie en el camino, algunas pequeñas dificultades no debieran haber sido bastante para hacerle retroceder. Flexible se sintió abatido y avergonzado; pero se repuso muy pronto, y entonces todos a coro se burlaban de Cristiano en su ausencia. Con esto ya no pienso volver a ocuparme más de Flexible.

Un vecino hostil



1. Los vecinos también salieron a verlo correr; unos le hacían burla, otros le amenazaban, o le gritaban que volviese. Dos de ellos resolvieron hacer que retrocediese a la fuerza. Uno se llamaba Obstinado y el otro Flexible.



2. Lo alcanzaron. "Venid conmigo," les dijo. "¡Qué!," dijo Obstinado, "¿y dejar a nuestros amigos y comodidades?" Entonces dijo Flexible: "No lo insultes."



3. "Mi corazón se inclina a acompañar a mi vecino." Así, Cristiano y Flexible siguieron juntos, y Obstinado volvió solo. Flexible le preguntó a Cristiano acerca del lugar a dónde iban.



4. "Te leeré en mi libro acerca de él," dijo Cristiano: "Hay un reino eterno y vida eterna, No habrá más llanto ni dolor." "¿Y qué clase de compañía habrá?" "Millares que han sufrido por el amor que tienen por el Señor, todos sanos, y vestidos de inmortalidad."

El Pantano de la Desconfianza



1. Y vi en mi sueño que Cristiano y Flexible cayeron de repente en un cieno que se llamaba el Pantano de la Desconfianza. Cristiano, a causa de la pesada carga que llevaba, comenzó a hundirse en el fango.



2. Flexible dijo enfadado: "¿Es ésta la felicidad de que me hablaste?" Y haciendo unos esfuerzos desesperados, logró salir del pantano por la parte más inmediata a su casa y se marchó.



3. Cristiano quedó luchando del otro lado. Pero, por su carga, no pudo salir hasta que un hombre, cuyo nombre era Auxilio, se le acercó y estrechándole la mano le sacó a tierra



4. "Este pantano," dijo Auxilio, "es el resultado de los muchos temores y dudas que se juntan aquí. Por lo menos veinte mil carretadas de buenas instrucciones se han perdido aquí"



5. Mientras tanto Flexible había llegado de vuelta a su casa. Quedó sentado entre sus vecinos quienes le hacían burla.